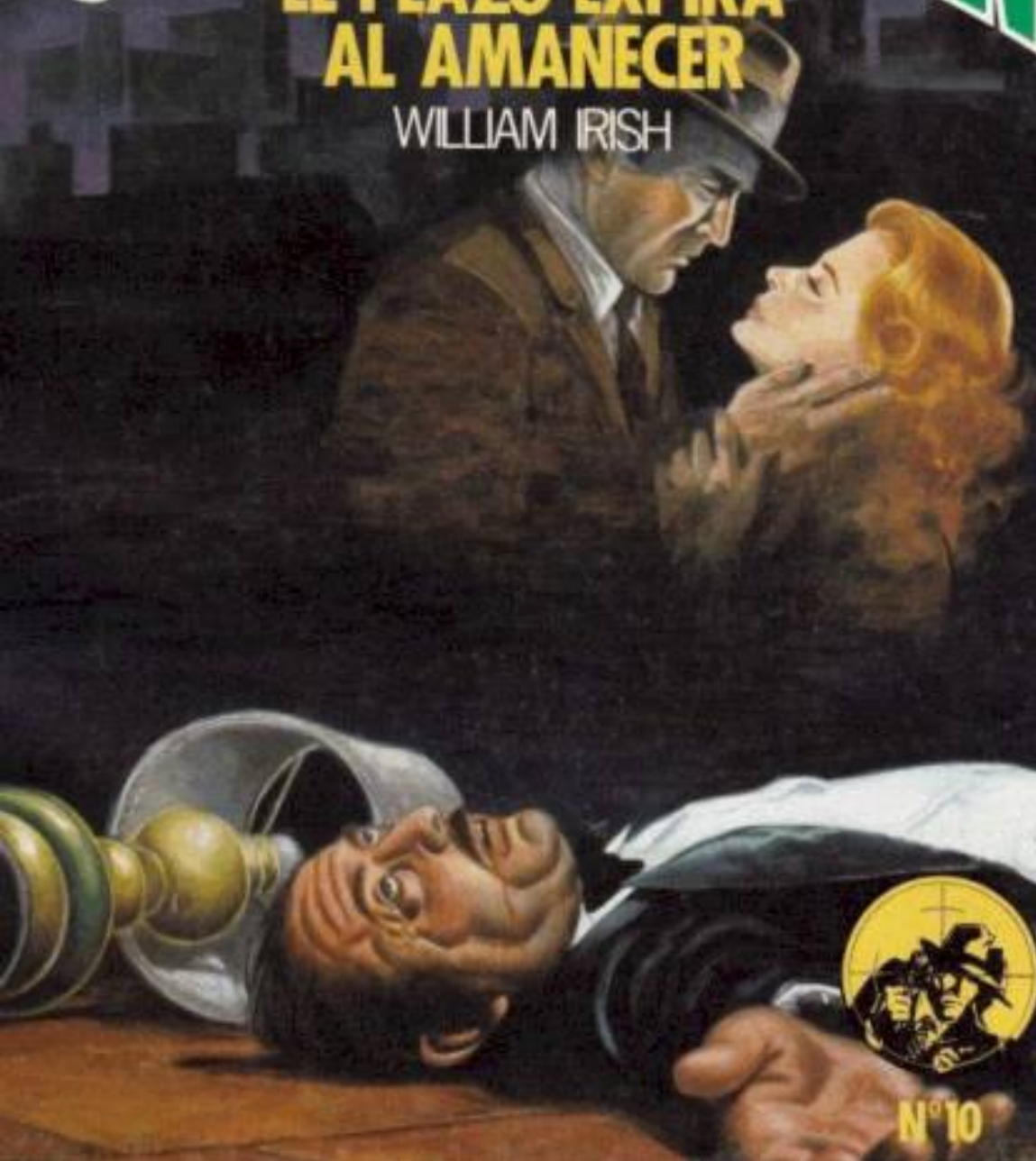


CIRCULO DEL CRIMEN

EL PLAZO EXPIRA
AL AMANECEER

WILLIAM IRISH



Ruth Coleman llegó a Nueva York, como tantas otras jóvenes, dispuesta a conquistar la fama y la riqueza. Pero la ciudad es una enemiga implacable que tritura entre sus garras a aquellos que son demasiado débiles y no saben imponerse y dominarla.

Ruth sólo siente una presencia amiga en toda la ciudad: la esfera de un reloj que marca benévolo el final de sus días desesperanzados. ¿Será este reloj suficiente ayuda para resolver un crimen en unas pocas horas y evitar que la más mortal de las trampas se cierre inexorable sobre Ruth y su amigo Quinn?

*... cada hora, cada minuto, pueden contener todo
el Infierno o todo el Cielo...*

PAULINE HAVARD

12:50

PARA un billete de baile de color rosa, un billete usado, cortado por la mitad. Válido por dos centavos y medio de comisión sobre los diez de su importe. Un par de pies que perseguían a los suyos, durante toda la noche, a lo largo del salón. Una cifra, **ELLA,** un número que podía balancearla de un lado a otro, a voluntad, durante los cinco minutos que le correspondían. **ÉL SOLO** Cinco minutos de compañía al compás de aquellas notas de dos tiempos, idénticas a un chirriante golpeteo contra una pila de vacíos cubos de metal. Después, un silencio brusco, como la interrupción de la corriente por un conmutador eléctrico y una especie de sordera momentánea. **ERA** Un par de inspiraciones a gusto, sin sentirse ceñida por el brazo de un extraño. Luego, vuelta a empezar: nuevo martilleo de latas, otro billete rosado, otro par de pies que nuevamente la acosaban por todo el salón, otra cifra que la lleva a su antojo de aquí para allá.

Eso era lo que todos significaban para ella. Le gustaba el trabajo; bailar le encantaba, especialmente a sueldo. Sin embargo, a veces deseaba haber nacido coja, y no saber mover los pies a compás. O sorda, para nunca volver a oír al del trombón, que manejaba su instrumento con la nariz hacia el techo. Así se habría hallado a cubierto de todo eso. En ese caso, probablemente habría tenido que lavar las ca-

misas sucias de alguien en un lavadero lóbrego o limpiar para alguien filas de platos sucios en el fregadero de un bar. A fin de cuentas, ¿para qué forjarse ilusiones? No se conseguía nada. Así y todo, soñaba. Nada se pierde con eso.

Sólo tenía un amigo en toda la ciudad. Permanecía inmóvil, no bailaba, eso era algo en su favor. Siempre lo tenía a mano, noche tras noche, como diciéndole: «¡Animo, muchacha! Sólo tienes una hora por delante. Puedes hacerlo, ya lo has hecho antes». Y luego: «¡Duro, en la brecha, pequeña! ¡Treinta minutos tan sólo, y basta! Yo velo por ti»; y finalmente: «Sólo una vuelta más alrededor del salón, y tu hora habrá llegado. Otro giro completo, y la sentencia te ha sido conmutada por esta noche. Una vez más tan solo; puedes hacerlo, no vas a flaquear ahora. Mira: mi aguja del minutero está alcanzando a la de la hora. Lo hice otra vez por ti, para verte libre. Cuando vuelvas a este sitio será ya la una».

Todas las noches parecía decirle tales cosas. Nunca dejó que la venciera el desánimo. Era el único en toda la ciudad que le procuraba algún alivio. La única cosa en todo Nueva York que estaba de su parte, aun cuando sólo fuera pasivamente; lo único que en el mundo interminable parecía tener un corazón.

Sólo podía verlo desde las dos últimas ventanas de la izquierda, abiertas sobre la callejuela lateral, cada vez que llegaba allí después de dar la vuelta. Las ventanas de la fachada, que daban sobre el pozo de aire, no se lo mostraban. Había una larga hilera de ventanas hacia la izquierda, pero de éstas sólo las dos últimas eran de alguna utilidad, pues las otras estaban bloqueadas por las altas casas inmediatas. Estaban siempre abiertas de par en par, para dar ventilación a la sala y publicidad a la banda estrepitosa entre la gente de abajo; se podía atraer así a algún despistado. Desde aquel lugar ella lo veía. Él la atisbaba, bonachón, desde su alto sitial, rodeado a veces por un puñado

de estrellas que centelleaban a su espalda. ¿De qué servían las estrellas? ¿Había algo que valiera nada? ¿De qué valía ser mujer? Por lo menos, los hombres no tenían que negociar con sus pies. Podían ser bajos y vulgares en sus acciones, pero nunca de aquella manera.

Se encontraba a gran distancia, pero ella tenía buena vista. Brillaba suavemente bajo el dosel oscuro de la noche. Un círculo luminoso, como un halo, con doce broches fulgurantes en su interior y un par de manos luminosas que nunca descansaban, que jamás se detenían, ni le harían nunca una mala pasada, siempre infatigables por ella, adelante siempre hasta verla por fin fuera de allí. Era el reloj de la torre Paramount, en la Séptima Avenida y la calle Cuarenta y Tres, al otro lado de la ciudad.

Se le divisaba diagonalmente, a través de un espacio que dejaban libres las cúspides de los altos edificios. Sembraba una cara, como todo reloj. La cara de un amigo. Curioso amigo para una muchacha grácil, de cabellos rojizos, cercana a los veintidós años; pero él establecía el contraste entre la paciencia y la despreocupación.

Otro hecho curioso es que también alcanzaba a verlo desde la ventana de la habitación en que vivía, a mayor distancia aún, si se ponía de puntillas y estiraba el cuello. Pero en su habitación, durante sus noches de insomnio, era tan sólo un observador indiferente, que ni la favorecía ni la perjudicaba. Era allí, en aquel salón circular, de ocho a una, donde realmente la ayudaba.

Lo miró ansiosamente ahora por encima de aquellos hombros anónimos, y él dijo: «La una menos diez; lo peor ya pasó. Valor, muchacha, y antes que...».

—¡Cuánta gente esta noche!

Por unos instantes no atinó a precisar de dónde provenía aquella voz: tan honda era su abstracción. Fijóse entonces en la cifra incorpórea que la llevaba consigo por el salón.

¡Ah! Conque iba a hablar, ¿eh? Ya vería con quién tenía que habérselas. Le había llevado más tiempo intentarlo que el que solía necesitar la mayoría de los hombres. Era la tercera, o quizá la cuarta vez consecutiva que la había sacado a bailar.

Ya antes del último descanso le pareció haber tenido varias veces, ante sus ojos fatigados, un traje de color parecido, aun cuando no estaba muy segura, pues no se había preocupado de diferenciar a unos de otros. Aquel pertenecía al tipo tímido de palabra tarda; quizá ese era el motivo del retraso.

—Sí.

No podía haber hecho más corto el monosílabo sin tragarlo del todo.

Él insistió:

—¿Está siempre esto tan concurrido como esta noche?

—No; cuando cierran queda vacío.

Y bien, que la mirara de aquella manera. No tenía por qué serle agradable; todo lo que debía hacer era bailar con él. Sus diez centavos, pagaban el movimiento de sus pies; no le daban derecho a su conversación.

HABÍAN para este último número. Habitualmente
OSCURECIDO lo hacían así hacia el final de la sesión. Se
LA SALA suprimían las luces directas y las parejas
 se deslizaban como fantasmas sobre el piso del salón. Así se pensaba enternecer a la concurrencia y lanzarla a la calle con la sensación de que había tenido arriba un coloquio privado con alguien. Y todo aquello por diez centavos, más una naranjada coloreada artificialmente en un vaso de papel.

A ella le pareció notar que él dirigía la cabeza hacia atrás y la observaba fijamente, como tratando de descubrir la causa de su esquividad. Los ojos de la joven volviéronse in-

diferentes hacia arriba, quedando fijos en el espejo del techo que centelleaba con los reflejos de las luces.

¿Por qué escrutarle el rostro para indagar la razón de su conducta? No era allí donde encontraría la respuesta. ¿Por qué no mirar en las oficinas despiadadas de toda la ciudad, donde su sombra perduraba aún sentada en la silla más próxima a la puerta? O que debía perdurar: tanto las había frecuentado. ¿Por qué no mirar el camarín de aquella sala de fiestas, Jamaica Road, el único empleo realmente bueno que consiguió y que hubo de abandonar, aun antes de que comenzaran los ensayos, por ser tonta al extremo de no apresurarse a aceptar las sugerencias del propietario?

¿Por qué no mirar en la hendidura del Automático de la calle Cuarenta y Siete, aquel que engulló su último níquel en un día imposible de olvidar, a cambio de los panecillos esponjosos, y que no volvió a abrirse más, por mucho que lo contemplara, pues no tenía ya moneda que introducir? Sobre todo, ¿por qué no mirar en la maleta desvencijada, metida bajo la cama de su habitación en aquel momento? No pesaba mucho, aunque estaba llena. Llena de ilusiones marchitas, despojadas ya de todo valor.

La respuesta estaba en todos esos sitios, pero no en su cara. ¿Por qué entonces esa insistencia en mirarla de aquel modo? Las caras nada dicen; son máscaras.

Él hizo otra tentativa:

—Esta es la primera vez que vengo aquí.

Ella no desvió los ojos del plateado resplandor de los espejos.

—Le echamos de menos.

—Me imagino que estará cansada de bailar. Supongo que debe de ocurrir así al fin de una noche como ésta —trataba de encontrar una disculpa por su acritud, para poderse decir, en su amor propio, que no era por su culpa, sino por cualquier otra razón. Ella los conocía; sabía bien cómo eran todos.

Esta vez no desvió los ojos; miróle fijamente, agresiva.

—¡Oh, no! Nunca me canso; bailo apenas la mitad de lo que quisiera. Por las noches, cuando me retiro a mi cuarto, hago práctica de cabriolas y contorsiones.

Él bajó los ojos momentáneamente, herido por lo irónico de la respuesta, mas volvió a alzarlos luego.

—Está usted apenada por alguna cosa, no hay duda —dijo, formulando la observación no como una pregunta, sino como un descubrimiento.

—Justo. Por mí misma.

Él volvió a insistir, sin embargo. ¿Acaso no entendería las indirectas ni aunque se las clavaran con una maza?

—¿No le gusta este lugar?

Aquella era la más irritante de las observaciones que había hecho en su afán por conversar. Un poco de furia se removió en el pecho de la mujer. Una respuesta explosiva se habría producido. Por suerte, la necesidad de contestar desapareció. El diabólico golpeteo de latas terminó con una estridencia de clarines, y el centelleo de los muros se extinguió, a la vez que se apagaba la iluminación central. Una trompeta ejecutó el toque habitual de despedida.

Su forzada intimidación había terminado. Los diez centavos no daban para más.

La mano de ella dejó de apoyarse en el brazo del hombre y cayó inerte, como algo que estuviera inanimado desde hacía rato; simultáneamente, con escasa ceremonia, apartó de su talle el brazo que le ceñía.

Su garganta exhaló un suspiro de inexpresable alivio, que no se preocupó de ocultar.

—¡Buenas noches! —murmuró, con indiferencia—. Llegó la hora de cerrar.

Se volvió para dejarlo y se dispuso a alejarse.

Antes de que llegara a hacerlo, la detuvo un instante la expresión de sorpresa que se pintó en su rostro. Más que eso, quizá la retuvo la forma en que él registraba los bolsillos y extraía de cada uno de ellos gran cantidad de billetes

de baile, sueltos o arrollados, hasta hacer un montón que le llenaba ambas manos.

Después los contempló, perplejo.

—¡Vaya! —murmuró, despechado, más consigo mismo que con ella—. Creo que no debí haber comprado tantos.

—¿Qué pensaba hacer? ¿Acampar aquí toda la semana? En fin, veamos..., ¿cuántos compró?

—No recuerdo bien. Creo que por valor de diez dólares —dijo, mirándola—. Deseaba pasar aquí la noche, y no supe... —se detuvo de pronto.

Ella pareció comprender.

—¿Quería pasar aquí la noche? —repitió, alzando la voz—. Tiene para cien bailes, por lo menos. Nunca bailamos tanto en una noche.

Luego, mirando hacia el vestíbulo, prosiguió:

—Y no sé qué puede hacer con ellos ahora. El cajero ya se retiró, y ahora no podrá conseguir que le devuelvan el dinero.

Él permaneció con los billetes entre las manos, desalentado, aunque no precisamente por aquella pérdida.

—No quiero que me devuelvan el dinero.

—Entonces tendrá que volver mañana y seguir bailando hasta agotarlos. Siguen siendo válidos.

—No creo que... me sea posible —repuso él, tranquilamente. De súbito, se los entregó a su compañera—. ¿Los quiere? Son suyos. Creo que tiene comisión por cada uno que devuelven, ¿verdad?

Por un instante sus manos pugnaron por alcanzar los billetes, mas logró dominarse y retirarlas prestamente, y le contempló con fijeza.

—¡No! —dijo, desafiante—. Agradecida..., pero guárdelos.

—A mí no me servirán de nada. No volveré a este sitio. ¿Por qué no los toma?

Era una comisión valiosa y fácil. Pero se había impuesto una norma desde mucho tiempo atrás, que era el fruto de

una amarga experiencia: nunca aceptar nada en parte alguna, por nada ni por nadie, aun cuando ignorara el móvil de la oferta. Si se cede algo, por pequeño que sea, se debe ceder luego en alguna parte otra cosa importante, y nunca se sabe a dónde se puede llegar.

—¡No! —agregó, con firmeza—. Quizá sea una tonta, pero no quiero comisión alguna que no haya ganado. Ni de usted, ni de ningún otro.

Y esta vez le dejó por completo, giró sobre sus talones y cruzó el salón desierto, en el cual sólo quedaban ellos dos.

Sólo una vez se volvió para mirar hacia el sitio en que le había dejado, desde la puerta del camerino, situado en la parte opuesta de la sala. Fue más bien un gesto reflejo del acto de atraer la puerta para pasar, que el móvil deliberado de contemplarlo disimuladamente.

Pudo ver que estrujaba los billetes entre sus manos, hasta formar una masa más o menos compacta. Luego, mientras ella le observaba, arrojó con indiferencia la bola informe a un lado de la pista y se volvió lentamente hacia la puerta.

La había sacado a bailar seis veces en total; había desperdiciado más de nueve dólares en billetes. Su gesto no había tenido la finalidad de impresionarla; bien advirtió ella que él no se daba cuenta de que era observado en aquel momento.

Bonita manera de derrochar el dinero, como si no supiera qué hacer con él o quisiera gastarlo lo antes posible. Aquello, si algo significaba, era que no estaba acostumbrado a tenerlo. La experiencia le había demostrado que quienes están acostumbrados a poseerlo, rara vez encuentran dificultades en el modo de emplearlo.

Se encogió de hombros, entró en el camarín y cerró la puerta tras sí. Aquello significaba huir de una mano de hierro que la ahogaba, aunque había aprendido a encararlo con valor y ya no ofrecía para ella terror alguno. Era como pasar por encima de una ciénaga pestilente que se encuen-

tra al paso. Inconveniente, pero en un momento se llega al otro lado y la molestia cesa.

las luces se habían apagado. Sólo quedaba una al fondo, a
CUANDO fin de que la asistenta pudiera hacer la lim-
SALIÓ pieza. A alguien invisible que estaba tras
DEL ella, en el momento de cerrar la puerta, le
CAMERINO dijo:

—Bien, no me vuelva a pedir que salga con usted, y así no se llevará un chasco.

Se puso en marcha por un lado del lugar, lóbrego y desierto, amortiguados sus pasos por la alfombra que se extendía a lo largo del salón, excepto en un lugar, cortado en ángulo, donde sus pisadas resonaron por un momento.

El contraste de iluminación se hizo aquí más marcado. Había más luz detrás de las ventanas abiertas que en el interior del salón. Pasó por delante de las dos ventanas últimas y su amigo, su aliado y cómplice, estaba allí, delineado contra el cielo. Inclino levemente la cabeza hacia un lado para mirarlo, hasta que las moles de los edificios se interpusieron, ocultándolo a su vista. Si algún mensaje, si alguna mirada de gratitud cambiaron fugazmente entre sí, es cosa que sólo a ellos pertenece.

Empujó las hojas de las puertas y llegó al vestíbulo, débilmente iluminado, que comenzaba en el rellano de la escalera. Había allí dos pequeñas salitas, una para la taquilla y la otra destinada a servir de guardarropa; junto a ellas había dos decrepitos asientos de bambú.

Dos curiosos, rezagados quizá, se encontraban en el vestíbulo. Siempre había alguien allí, deambulando de un lado para otro. Aunque se esperase hasta el alba para salir, no se dejaría de encontrarlos, como al acecho de alguien. Uno de ellos, sentado en el canapé, parecía esperar a alguien que aún se hallaba en el interior y le prestó poca atención. El otro, de pie al borde del primer escalón, era el

mismo que había sido su compañero de baile media docena de veces o algo así; le halló diferente al pasar.

Parecía más absorto en observar la calle que la puerta que ella acababa de cruzar. Nada en él denotaba la impaciencia del que aguarda a un amigo o amiga que se encuentra en el salón. Denotaba más bien la incertidumbre del que no sabe adónde ir, que el desasosiego de quien espera algo. Así lo reveló su sorpresa al verla pasar, reconociendo sin duda a la adusta compañera que le demostró tanta esquivéz.

Ella había pasado sin dirigirle la palabra; pero él, con la mano en el sombrero (iba tocado con esta prenda), le dijo:

—¿Se vuelve a casa?

Si en el interior se había mostrado reticente, en el vestíbulo se volvió agresiva. Aquel era terreno estrictamente enemigo; no había nadie que la protegiera de atropellos, y cada cual debía defenderse por sus propios medios.

—No; acabo de llegar. He subido la escalera por la parte posterior para que nadie me vea, ni sepa quién soy.

Y continuó andando, escalera abajo, en dirección a la calle. Él se quedó atrás, sin saber aún qué hacer ni adónde ir. Evidentemente, no esperaba a nadie, pues sólo quedaba allí una muchacha y ésta tenía una cita previa. Ella se encogió nuevamente de hombros, aunque esta vez sólo in mente, y prosiguió su camino. ¿Preocuparse por eso? ¿Qué era aquél para ella, aquél o cualquier otro?

El aire libre le hizo bien. Cualquier cosa le hubiera parecido buena después de haber estado allí arriba. Siempre respiraba profundamente apenas se veía libre, un poco en señal de alivio y otro poco por cansancio. Esta vez también lo hizo.

Ahí, en la calle, estaba la zona de verdadero peligro. Había en aquel momento, estacionadas o paseando junto a la puerta, un par de figuras parecidas, de cuyos labios colgaba un cigarrillo, y a quienes la joven se abstuvo de mirar demasiado detenidamente; luego dio media vuelta y siguió

caminando por la acera. Siempre estaban allí, esos u otros, cual gatos frente a una ratonera. Por lo general, los que paseaban arriba esperaban a una muchacha en particular; los estacionados junto al portal esperaban a cualquiera en general y a nadie en particular.

Conocía todo eso de memoria y habría podido escribir un libro sobre el tema, mas no deseaba malgastar papel, eso era todo. Generalmente, transcurría un espacio de tiempo antes que ocurriera nada; jamás sucedía mientras se encontraban cerca de la puerta de salida, sino cuando se alejaba de ella. Pensó alguna vez que aquello tenía algo que ver con el coraje. Los gatos valerosos preferían atacar al ratón por la espalda antes que hacerlo de frente. A veces pensaba que quizá su escaso entendimiento les hacía necesario aquel lapso para llegar a una decisión en cuanto a la elección de la presa. Otras se limitó a decir «¡Oh, demonios!», para sí. Pero las más de las veces, no pensaba ni poco ni mucho. Se trataba simplemente de un charco de agua sucia que debía sortear en el camino de su casa.

EL DESAFÍO en forma de un silbido. Frecuentemente
VINO ocurría así. No era uno de esos silbidos claros y francos. Era insidioso, sutil. Presintió
AQUELLA que estaba dirigido a ella.
NOCHE —¿A dónde va tan de prisa?

No se preocupó en apresurar el paso por no denotar una inquietud que no sentía. Cuando creen que han inspirado miedo, todos ellos se envalentonan.

Una mano atrevida la retuvo por la curva del brazo. No hizo ningún esfuerzo para tratar de liberarse. Se detuvo repentinamente, mirando hacia la mano, antes que al rostro de su dueño.

—¿Quíteme eso de ahí! —ordenó, fríamente.

—¿Qué te ocurre? ¿No me conoces? Tienes frágil la memoria, ¿eh?

Los ojos de la joven relampaguearon de ira.

—Mire: no estoy para bromas ahora, y es muy desagradable tener que hablar con sujetos como usted.

—Hasta hace dos noches, cuando estábamos arriba, no te parecía tan malo.

Y extendió el brazo frente a ella para cortar el camino.

Ella se mantuvo firme, sin hacerle siquiera el honor de dar un paso para eludirlo y escapar.

—¡Qué gran derrochador! —dijo, impasible—. Gasta sesenta centavos en bailes y ahora quiere una bonificación aquí abajo, en la acera.

Un taxi, atraído disimuladamente por una señal que ella no alcanzó a advertir, se había detenido junto a la acera, y su puerta se abrió como invitándola a entrar.

—Bueno; eres dura de entender. Has desempeñado tu papel. Te creo. ¡Vamos, el taxi está esperando!

—Ni en un tranvía querría ir con usted, mucho menos sola en un taxi.

Trató de llevarla hacia el automóvil, en parte por persuasión, pero también por la fuerza.

Ella consiguió cerrar la puerta que tenía tras sí, y se apoyó en ella, sirviéndole a modo de parapeto contra el coche hacia el cual él la empujaba.

Un hombre se detuvo junto a la pareja. Era el que estaba frente a la escalera del vestíbulo cuando ella salía. Le vio por encima del hombro del otro. No le pidió que intercediera, ni requirió su auxilio en forma alguna. Nunca había pedido ayuda a nadie en circunstancias como aquella. De esa manera podía tener la seguridad de no llevarse un engaño. Aquello no era nada, de todas maneras: en un minuto habría terminado.

Aproximándose indeciso, el recién llegado preguntó:

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Pues sí, no se quede ahí parado. ¿Se imagina que estamos cantando salmos? Si no tiene músculos, llame a la Policía.